

Breve historia sobre la relación entre el Capitalismo y el Estado (Niall Ferguson, Eric Hobsbawm y Naomi Klein)

Introducción:

Si el siglo XX, al decir del historiador Eric Hobsbawm en *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* ha sido el más breve aunque el más sangriento de todos y si el siglo XXI comenzó con una crisis financiera, una crisis de crédito (de credo) que para economistas como Paul Krugman puede compararse con la que llevó a la Gran Depresión de los 30, ambos acontecimientos parecen justificar que le prestemos atención a Niall Ferguson: un historiador que se ha ocupado de explicarnos en *The Cash Nexus* (2001)¹ y en *The Ascent of Money. A Financial History of the World* (2008) cómo la guerra y las finanzas constituyen motores de la historia, es decir, del ascenso del hombre.

En *Cash Nexus*, Ferguson se ocupa de desanudar ciertos vínculos entre economía y política instalados en la retórica del liberalismo clásico y en la del neoliberalismo actual. Ese famoso nexo asumido entre la paz y el crecimiento económico que plantearan economistas como Adam Smith, el fisiócrata Francois Quesnay e incluso uno de los grandes del XVIII, Immanuel Kant: “el espíritu comercial es incompatible con la guerra,” ese nexo entre paz y crecimiento económico que perdura en nuestra era en ideas de representantes del neoliberalismo y la globalización como Thomas L. Friedman, para quien “la racionalidad económica tiende a desalentar la guerra.”

Ese famoso nexo entre crecimiento económico y paz que sirve de contexto para la creencia de la tradición liberal en el mecanismo automático, en la tendencia general hacia el equilibrio de la economía que aparecen tanto en la mano invisible de Adam Smith como en la tesis del neoliberalismo de Milton Friedman de que son las decisiones del sector privado las que conducen a resultados macroeconómicos eficientes, que el bienestar humano se promueve al dejar hacer a las libertades emprendedoras individuales, parece ser puesto en duda por Niall Ferguson cuando tras un detallado análisis histórico del origen de las finanzas en su *Cash Nexus* sostiene que han sido las guerras y no la paz, las que han posibilitado el desarrollo de las instituciones financieras y en definitiva las que han creado el estado.²

A primera vista, el vínculo guerra-desarrollo de instituciones fiscales y financieras de Ferguson por el que intenta explicar los *shocks*, no como factores exógenos a los cuidadosos modelos construidos por los economistas, por el que presume invalidar las tesis de que las motivaciones del *homo economicus* son racionales y adaptativas y de señalar que las motivaciones humanas responden a

¹ Niall Ferguson, *Dinero y poder en el mundo moderno, 1700-2000*, (Buenos Aires: Taurus, 2001). Versión en español.

² “No hay duda de que la suma de dinero disponible del tesoro nacional ha sido generalmente inferior a los costes de la guerra y que en gran medida la historia de las finanzas ha sido la historia de los intentos por disminuir la brecha.[...]La necesidad básica de financiar la guerra ha sido hasta hace poco el móvil fundamental del proceso de formación del estado.” *Dinero y poder*.

impulsos conflictivos –sexo, violencia, temor y poder- que “en conjunto o separadamente son capaces de invalidar el dinero, la motivación económica”: “la mayor parte de las instituciones económicas si dependen del crédito dependen también en alguna medida de la credibilidad, pero la credibilidad puede fundarse en la credulidad”³ parece acercarse a las tesis de Naomi Klein cuando observa la dependencia entre el mercado libre actual y el poder del *shock*, cuando sostiene, en *La Doctrina del Shock*, que el *shock* y el desastre son inherentes al capitalismo: “que esta forma fundamentalista del capitalismo siempre ha necesitado de catástrofes para avanzar.”

En este trabajo intentaremos seguir la explicación de Ferguson sobre el lazo guerra-desarrollo de instituciones financieras, lazo por el que Ferguson no desconoce que el ascenso del capitalismo ha sufrido reveses, contracciones y muertes para luego contrastar su visión de la guerra, del estado y del destino del capitalismo con la visión de otros historiadores e intelectuales como Eric Hobsbawm y Naomi Klein quienes también se ocuparon de la relación entre la guerra, el capitalismo y el estado e intentaremos localizar la posición de Ferguson sobre el capitalismo y la función del estado en el debate entre keynesianos y neoliberales.

Guerra y desarrollo de las instituciones financieras, el equilibrio del cuadrado del poder

“Se pueden hacer muchas cosas con las bayonetas excepto sentarse sobre ellas”
Napoleón Bonaparte

“Del Shock y de la conmoción surgen miedos, peligros y destrucciones inaprensibles para la mayor parte de la gente, para elementos y sectores específicos de la sociedad de la amenaza, o para los dirigentes. La naturaleza, bajo la forma de tornados, huracanes, terremotos, inundaciones, incendios descontrolados, hambrunas y epidemias también puede generar estados de shock y de conmoción.”
Shock y sobrecogimiento. Logrando un dominio rápido (extraído de la doctrina militar de la guerra contra Irak)

En *Cash Nexus*, Niall Ferguson plantea que fueron las guerras las que exigieron a los estados buscar cómo disminuir la brecha entre sus altos costos y los déficits del Tesoro. Estas exigencias surgidas de la guerra llevaron a partir del siglo XVIII a que cuatro instituciones fiscales se desarrollaran dentro de los límites del estado en una combinación óptima: 1. la Tributación; 2. el Parlamento; 3. la Deuda Nacional y 4. la creación del Banco Central. Ellos constituían los vértices del cuadrado del poder, es decir una versión simplificada de las estructuras institucionales sobre las que se ha forjado la historia moderna--si bien han sido efecto de la voluntad libre y el apasionamiento de los hombres.

“Odiosos impuestos” y la representación política

³ Niall Ferguson, *The Ascent of Money. A Financial History of the World*, (Londres: Allen Lane, 2008)

Ferguson nos habla del desarrollo de la tributación y de la burocracia fiscal como primera herramienta para disminuir el déficit del Tesoro por los costes de las guerras, de esa habilidad de encontrar el elusivo *“juste milieu”* entre los impuestos directos y progresivos, que se tasan a los ricos (los impuestos a la renta y los impuestos al patrimonio, por ejemplo) y los impuestos indirectos y regresivos (los impuestos sobre el consumo y los aranceles aduaneros) aplicados de modo horizontal. Encontrar el elusivo *“juste milieu”* era encontrar un equilibrio por el que el estado extraería un máximo ingreso imponiendo a la vez límites mínimos al crecimiento económico.

Para explicar dicho desafío estatal Ferguson se vale de una cita de Montesquieu en *El espíritu de las leyes* que nos hace vislumbrar la importancia que tuvo el desarrollo del Parlamento, del segundo vértice del poder, en lo que hace al mejor modo de recaudar impuestos contando con el consenso de la población. Montesquieu dice: “En los estados moderados, hay algo que compensa los altos impuestos, se trata de la libertad. En los estados despóticos, hay algo que equivale a la libertad, son los impuestos moderados.” Para iluminar la cita de Montesquieu Ferguson aclara que en algunos sistemas, no democráticos, entre ellos las monarquías feudales y las repúblicas socialistas, una parte importante del ingreso se ha derivado de los bienes pertenecientes al estado, ya sean dominios reales o monopolios nacionalizados. Explica que los impuestos han sido en algunos casos evitables, que hay modelos de estado no democráticos que, hipotéticamente, podrían depender exclusivamente de sus bienes públicos para financiarse.

Tal fue el caso por ejemplo de Prusia y otros estados alemanes en el siglo XVIII y XIX que fueron monopolios estatales muy eficaces (empresariales) que intentaban ser monarquías independientes del consentimiento popular a la hora de tomar decisiones. También fue el caso de Inglaterra: Isabel I no pudo vivir con lo suyo. Fue la escasez de bienes propios de la corona lo que causó principalmente que los parlamentos ganaran poder a fines del siglo XVI y XVII, fueron las crisis fiscales las que dieron origen a la Revolución Gloriosa, es decir al sistema representativo en Inglaterra. También puede argumentarse, llevando este modelo a nuestra era, que la Unión Soviética no pudo solventar el coste económico de la Guerra Fría con su economía planificada: que fue menos dúctil que el modelo económico estadounidense de tributación a la hora de enfrentarse con un tipo de guerra caracterizada por la escalada armamentista.

En definitiva, para Ferguson, la democracia surgió en gran medida como respuesta a las presiones fiscales generadas por el coste de las guerras: el lema del Boston Tea Party: “no a los impuestos sin representación” encapsula perfectamente este concepto. Han sido las guerras y no la paz las que han dado origen al parlamento y a las democracias. La ampliación del derecho al voto, la dirección hacia el sufragio universal ha sido la respuesta al intento del estado por encontrar ese elusivo equilibrio entre “las dos hermanas” los impuestos directos progresivos y los indirectos regresivos. Pero por qué hay que cortejar a ambas hermanas? Porque los impuestos directos si bien son progresivos (tasan a los ricos) suponen mayores costos de recaudación para el estado, se precisa un fuerte sistema de burocracia fiscal, un elevado gasto en empleo público, para medirlos y recaudarlos y evitar así la evasión fiscal: de ahí que el liberal Lloyd

George dijera a principios del siglo XX, “que la muerte es el momento más conveniente para tasar a los ricos”. Los impuestos indirectos, en cambio, no precisan, en general, de tanta burocracia fiscal, pero a largo plazo son insuficientes ya que en épocas de crisis el comercio y el consumo tienden a decaer y con ello las ganancias impositivas, entonces, apoyarse excesivamente en ellos puede conducir al desorden político. Es así que para cortejar a “ambas hermanas” se intercambiaba el derecho al voto, es decir el privilegio de la representatividad (que involucraba el voto sobre la legislación impositiva) por el consenso o aceptación de la imposición tanto directa como indirecta. Montesquieu tenía razón.

Lo interesante para nosotros del relevo histórico que hace Ferguson de estas cuatro instituciones fiscales (hasta ahora hemos hablado de dos: la tributación y el parlamento) es identificar las causas que, para Ferguson, condujeron a la pérdida del equilibrio entre estas cuatro instituciones públicas que constituyen el cuadrado del poder estatal: la tributación, el parlamento, la deuda nacional, y el Banco Central. Esto nos permitirá abordar la visión que tiene Ferguson sobre el capitalismo actual: un sistema económico en donde el estado ha perdido, en gran medida, su poder regulador de la economía.

El capitalismo actual cuenta con un mercado financiero internacional que – si bien ha surgido gracias al desarrollo del mercado de bonos, es decir al mercado que comercia con las deudas públicas emitidas por los estados- se ha vuelto mucho más poderoso que el primero y está mayormente en manos de corporaciones e instituciones financieras privadas. Este mercado financiero internacional – el de valores, el de seguros o administración del riesgo con sus derivados, y el inmobiliario – maneja hoy un volumen de capital muy superior al que maneja el mercado de bonos.

Deuda Pública y Banco Central. La insostenibilidad del estado de bienestar como factor determinante de los desequilibrios del cuadrado del poder

En adelante, Ferguson intenta demostrar que en diferentes momentos de la historia se han dado distorsiones de ese equilibrio entre los cuatro vértices del poder estatal: la Tributación, el Parlamento, la Deuda Nacional y el Banco Central. Y utilizo el término distorsión sin ingenuidad, ya que es un término predilecto para el neoliberalismo friedmanita a la hora de endilgarle al estado su carácter distorsivo en los mercados que impide el “crecimiento económico” y promover activamente un capitalismo des-regulado dejado en manos de la libertad de los emprendedores individuales.

En efecto, nuestro historiador de las finanzas sostiene, por ejemplo, que la interrelación entre la tributación y la representación puede desequilibrarse, y que de hecho se ha desequilibrado en varias oportunidades a lo largo de la historia debido, fundamentalmente, a la transformación de los estados de guerra en estados de bienestar: un desequilibrio que ha dependido no solamente de la economía sino de la política, del carácter propio de la democracia: de la necesidad que tienen los políticos de responder a las demandas del electorado así como también de sus votantes clientes, aquellos que pertenecen al partido o

que financian los elevados costes de las campañas electorales. En suma, como veremos en adelante, para Ferguson el desequilibrio del cuadrado del poder se ha debido a factores endógenos, a la frágil estructura del estado cuando deviene en estado de bienestar.

Ferguson explica que la interrelación entre tributación y representación puede llevar a una variedad de efectos diferentes no del todo benignos. El coeficiente votantes-contribuyentes es importante: afecta la capacidad recaudadora del estado. Si hay representación sin contribución, por ejemplo, el ejecutivo puede sufrir presiones políticas por parte del electorado no contribuyente o poco contribuyente, a favor de un gasto público no militar. Esto se da frecuentemente cuando se impone el sufragio universal y se vuelve necesario responder a los intereses de los representados. También importa la proporción entre empleados públicos y contribuyentes. Para Ferguson, no es casual que la democracia coincida con un aumento del empleo público, se trata de una forma de premio a los votantes clientes de las maquinarias políticas democráticas. Tanto la ampliación del derecho al voto como el aumento del empleo público tienden a aumentar el gasto público no militar. Esta es la ley del aumento de la actividad estatal. El presupuesto comienza a usarse crecientemente como medio de redistribución de ingresos: se aumenta el empleo público y se financia también el desempleo mediante la proliferación de subsidios de paro y esto para Ferguson tiende a distorsionar el mercado laboral. La brecha entre la renta pública-lo que el electorado esta dispuesto a pagar- y el gasto -lo que espera que provea el estado de bienestar-queda finalmente institucionalizada. Justamente estos fueron los procesos que llevaron a Joseph Schumpeter a diagnosticar hace más de ochenta años “la gran crisis fiscal del estado impositivo.”

Según Ferguson, ya en 1914 la relación equilibrada entre tributación y representación se rompió. La Gran Guerra no sólo aumento el gasto en defensa sino que expandió el gasto público no militar. Durante el periodo de entreguerras hubo un nivel de desempleo sin precedentes que forzó a los gobiernos de todos los países a abandonar el patrón oro, y a gastar más dinero endeudándose. Pero fue el estado de bienestar de la República de Weimar el que representó la cima de esta ruptura. Para Ferguson fue el ejemplo del estado servil: en su intento de financiar las reparaciones de la guerra sin imponerle la carga a sus ciudadanos y de que sus deudas tanto internas como externas quedaran en la nada o le fueran condonadas (recordemos que ya no regía el patrón oro) la República de Weimar entró en una vertiginosa hiperinflación. Ferguson le imputa el desequilibrio fiscal a la transformación del estado de guerra en estado de bienestar, lo que en algunos momentos llama estado servil. Considera que a partir del 45, a pesar de no haber habido ninguna gran guerra, tanto el parlamento como la burocracia tomaron impulsos propios haciendo que los recursos económicos se desviarán del ámbito militar a las transferencias redistributivas, lo que hizo que la proporción del gasto público no militar en relación al PBI delineara una tendencia ascendente hasta los años ochenta tanto en Estados Unidos como en Europa.

El hecho de que Ferguson tenga una mirada tan negativa respecto del estado de bienestar y su función redistributiva hace que deje de ser sorprendente lo que me pregunte cuando empecé a leer el libro de Ferguson, *The Cash Nexus*. Me dije

¿por qué en el único momento en que aparece el término pobreza en todo su libro sobre el dinero y el poder, Ferguson la vincula a la inflación? ¿No está presente aquí la idea neoliberal de que el principal indicador de la salud de la economía estatal radica en sus niveles de inflación? La palabra pobreza aparece solamente en el libro cuando Ferguson recuerda un famoso trozo de la comedia musical Cabaret de 1972 que refiere a la Alemania de Weimar y que por haber sido escrita en los 70 parece referirse también a la crisis inflacionaria estadounidense y mundial tras la crisis del petróleo que llevó al derrumbamiento de Bretton Woods. La comedia dice así: “El dinero hace girar al mundo. De eso estamos seguros, porque somos pobres.”

En su revisión histórica del cuadrado del poder estatal, Ferguson destaca los sucesivos equilibrios y desequilibrios que se dieron entre estas cuatro instituciones: Tributación, Parlamento, Deuda Pública y Banco Central. De ahí que Ferguson deje abiertas las siguientes preguntas: ¿cuáles son los límites que ha de tener el sistema de bienestar para lograr mantenerse? ¿cuáles son los límites que ha de tener el volumen de la deuda pública en relación al PBI para que sea pagable o financiable? ¿Qué límites ha de tener el nivel de inflación para que funcione como herramienta para reducir la carga de la deuda? Y por último, ¿quienes son los principales damnificados en estos nuevos sistemas de bienestar?...Y, como veremos más adelante, parece contestar que los nuevos pobres son los contribuyentes de las generaciones futuras no nacidas.

Las deudas públicas y los desequilibrios fiscales generacionales

En efecto, el desequilibrio entre tributación y representatividad explica el surgimiento del tercer vértice del cuadrado del poder, la Deuda Pública y el consiguiente mercado de bonos. Como herramienta financiera y fiscal, la deuda nacional fue el modo en que el estado podía contar con dinero suavizando la imposición sobre la generación gobernada, pero que depositaba la carga de la deuda en las generaciones futuras contribuyentes. En este sentido, adquirir deuda puede ser beneficioso como herramienta financiera. Cuando los impuestos le imponen distorsiones a la economía que tienden a reducir el crecimiento, los déficits por adquisición de préstamo pueden cumplir la función beneficiosa de suavizarlos permitiendo que los pagos de impuestos se aplacen o distribuyan en el tiempo, es decir que se paguen en tiempos de mayor prosperidad. En definitiva la carga del déficit presupuestario generado por la deuda pública se “patea hacia delante” pues dicha carga la pagarán las generaciones futuras que no son de hecho representadas por los gobiernos democráticos actuales. Es así que, cuando los gobiernos hablan de déficit señalando el monto de la deuda en relación a su PBI, el déficit estatal está mal definido. Pues los estados de bienestar caen en desequilibrios fiscales generacionales. El concepto clave es la restricción presupuestaria intertemporal del gobierno: la suma de las cuentas generacionales de los que viven actualmente y de las generaciones futuras deben ser equivalentes al monto de las compras futuras del gobierno sumadas a la deuda neta. La medida económica más importante de la deuda pública parece ser la relación entre las cargas de los impuestos presentes y futuros y no el monto nominal de la deuda. Pero Ferguson dirá, esa medida por lo general no es respetada por los gobiernos representativos, la fisura del equilibrio entre tributación, representación y deuda pública se debe a factores endógenos que

tienen que ver con el sistema democrático mismo, ya que los políticos tienen una visión de corto alcance que responde al fin de su gestión y a la posibilidad de la reelección, de ahí que generen el “ciclo político de los negocios” respondiendo a las necesidades de la generación actualmente representada y olviden la carga trasladada a los no nacidos.

Los incumplimientos y la inflación como herramienta para no pagar la deuda pública

Sin duda, la solución más simple al problema de la deuda es no pagarla. Es decir, el incumplimiento. Carlyle tenía razón cuando decía que: “la bancarrota es una gran cosa.” De hecho los incumplimientos fueron un recurso habitual de los monarcas del medioevo y de inicios de la edad moderna. Hume también proponía a los ingleses no pagar la deuda tal como lo había hecho Francia en el siglo XVIII. Si bien los incumplimientos aumentan el precio del próximo préstamo, el estado con su próxima emisión de bonos deberá ofrecerles mayores rendimientos a los bonistas, también es cierto que los incumplimientos no espantan por mucho tiempo a los prestamistas. Los países latinoamericanos fueron morosos permanentes durante los siglos XIX y XX, en 1820, 1880, 1914, 1930 y nuevamente en 1980. Pero sus casos eran más complejos porque una proporción considerable de los tenedores de bonos era de origen extranjero, por lo que se enfrentaban a problemas económicos y políticos diferentes de los que resultaba de un incumplimiento interno. Y otra forma de incumplimiento – aunque parcial y con consentimiento - es la conversión. Algo que se logró por ejemplo en 1932, tras la Gran Depresión, la conversión es un intercambio de un tipo de bonos en manos del público por otro cupón con menos valor pagable a mayor largo plazo.⁴

Pero la herramienta encubierta para no pagar la deuda que los políticos (sobre todo del siglo XX) han utilizado con mayor facilidad consiste en recurrir al aumento inflacionario no anticipado. Si los bonistas se comen impuestos, es decir despluman a los contribuyentes, la inflación súbita daña al rentista. El súbito aumento de la inflación puede reducir el valor real de la deuda y de los intereses, en tanto que la deuda no esté ajustada por un sistema que corrija el efecto de la depreciación o que esté expresada en moneda extranjera.

Hasta 1914, no era muy posible recurrir a la inflación como método para reducir la deuda ya que regía el patrón oro: los estados y sus Bancos Centrales contaban con un control externo o tipo de cambio fijo. Tras 1914, el patrón oro fue abandonado por la mayoría de los países y sus déficits fueron financiados mediante la impresión del papel moneda, es decir mediante el crecimiento

⁴ Tras la gran depresión de los 30, cuando hubo una terrible contracción de líquido debido a que el sistema bancario estadounidense contaba con gran cantidad de bancos privados que operaban sub-capitalizados, y la depresión fue exacerbada por las malas políticas de la autoridad monetaria, el Federal Reserve, que a pesar de tener suficientes reservas de oro, produjo una contracción en lugar de una inyección de líquido, fue en parte una negociada conversión de deuda lo que facilitó las cosas, logró persuadir a los inversores que se orientaran a activos de mayor largo plazo y menos rentables.

monetario operado por los Bancos Centrales: de ahí que se cometiera la eutanasia del rentista: con la inflación, el valor real de la deuda quedaba disminuido así como también el valor real de los rendimientos. El caso más crítico fue Alemania: la República de Weimar.

Entre 1914-1945 el mundo fluctuó entre inflación y deflación, pero desde 1945 la tendencia ha sido inflacionaria. Ferguson reconoce que si bien a partir de este momento, es decir, entre los cincuenta y los sesenta, los estados se constituyeron en estados de bienestar, las economías experimentaron una inflación leve gracias al sistema de Bretton Woods con sus suaves controles externos del mercado de divisas operadas por el nuevo patrón dólar convertible al oro y las nuevas instituciones financieras internacionales: el FMI y el Banco Mundial que fueron creadas en Bretton Woods para ayudar a cortar los temporarios desbalances de pagos de los estados. Aquí, aunque sea al pasar, Ferguson parece reconocer a Keynes, uno de los grandes mentores de Bretton Woods.

Pero la crisis del petróleo, es decir, el elevado precio del petróleo impuesto por la OPEP en 1973, y el elevado volumen de petrodólares que entraron a los bancos de inversión estadounidenses, llevó al derrumbamiento de Bretton Woods, a la negativa por parte de Estados Unidos de vincular el dólar (el patrón del mercado de divisas post Bretton Woods) al oro. Nixon abandonó completamente la convertibilidad del dólar al metal, y con ello se dio una tendencia en la mayoría de los países a la desregulación económica, es decir a la adopción de tasas de cambio flotantes en lugar de tasas de cambio fijo y a la mayor independencia de los Bancos Centrales que comenzaron a cambiar las reglas del juego a discreción. Los gobiernos podían mediante sus políticas monetarias manejar el ciclo de negocios, lo que se llama “ciclo político de los negocios” y con ello sus posibilidades de reelección con la excepción del “trade off” entre la tasa de inflación y la tasa de desempleo. Todo esto marcó una tendencia general ascendente de la inflación que alcanzó los dos dígitos en países como Estados Unidos e Inglaterra.

Pero con la llegada del monetarismo en los ochenta, ha habido una marcada caída de las tasas de inflación en la mayoría de los países de economías desarrolladas, que ha perdurado en los noventa. El mismo Ferguson admite que se trató de una verdadera revolución que no se reducía simplemente a buscar los mecanismos monetarios para bajar la inflación. Con sus súbitos aumentos de la tasa de interés, con sus “*shocks monetarios*” de 1979 y 1982 que llegaron de la mano de Thatcher, Reagan y del ascenso de Kohl al poder en Alemania, el monetarismo o neoliberalismo quebró abruptamente la espiral de expectativas inflacionarias pero requirió también de importantes reducciones del gasto público (hasta aquí Ferguson). Esto fue uno de los fenómenos de una política económica mayor que David Harvey llama “proceso de destrucción creativa” por parte de los neoliberales no solamente de marcos institucionales previos sino también de la división del trabajo, de las relaciones sociales, de provisiones de bienestar, de modos de vida, de pensamiento....⁵

⁵ David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*. (New York: Oxford University Press, 2005)

Los “*shocks monetarios*”, el corte súbito de la liquidez del mercado demandaba el corte del gasto público: la limitación de la capacidad redistributiva de la riqueza por parte de los estados y el traslado del manejo del riesgo de los ciudadanos a instituciones financieras privadas. Ya no era el Estado el que se ocupaba de administrar el riesgo de sus ciudadanos: es decir de proveerles servicios sociales. De ahí que los gobiernos de carácter neoliberal de las economías desarrolladas promovieran que los ciudadanos reemplazaran sus sistemas de jubilación pública por los fondos de pensión, que invirtieran sus ahorros en la bolsa de valores, que adquirieran sus bienes inmuebles mediante préstamos otorgados por Bancos de inversión privados y otras instituciones financieras privadas como los Hedge Funds (fondos de apalancamiento encargados de la securitización de los préstamos). Como veremos en adelante, Naomi Klein llama a este proceso el proceso de “vaciamiento de los estados.” Un proceso que no solamente se dio en los países desarrollados sino que se forzó también sobre los estados de economías emergentes y los estados que, tras el fin de la Guerra Fría, entraron en el proceso de democratización. Los shocks monetarios traían necesariamente falta de liquidez, la necesidad de cortes en el gasto público y dado que se trataba de economías que todavía mantenían sus recursos en manos del estado, generaban elevados niveles de desempleo con el cierre de las empresas públicas. El monetarismo lograba realizar ambos objetivos en las economías emergentes mediante presiones fiscales sobre su endeudamiento y presiones monetarias. Según Naomi Klein y David Harvey, estas políticas económicas se forzaron en Rusia, incluso en China, en Sudáfrica, en Polonia, en los Tigres Asiáticos y por supuesto en Latinoamérica. Klein denomina este proceso de aplicación de políticas económicas neoliberales a los países de economías emergentes, es decir, se refiere al programa de ajuste estructural del consenso de Washington como los planes Anti-Marshall.⁶

Pero volvamos a Ferguson, el monetarismo o neoliberalismo buscó contrarrestar sus cortes de gasto público mediante una búsqueda de recursos de capital fuera de las fronteras nacionales, se dio una des-regularización de la economía. Es aquí donde comienza la financialización de la economía tal como la conocemos hoy: cuando el volumen de capital de los mercados de valores, de los mercados de divisas, de los mercados de derivados (en donde instituciones financieras menores como los Hedge Funds comercian con los riesgos de los acreedores mediante la securitización de los préstamos) y los mercados de futuros (los futuros, las opciones, por ejemplo, no son otra cosa que la anticipación de los futuros valores de “commodities” y de las acciones que se vuelven en sí mismas comercializables) supera ampliamente el volumen de capital de los mercados de bonos.⁷

⁶ Naomi Klein, La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre (Barcelona: Paidós, 2007)

⁷ En 2006, la producción económica mundial equivalía a 47 trillones de dólares. La capitalización total de las bolsas mundiales era de 51 trillones, un 10 % mayor que el volumen de la producción mundial. El valor total de los bonos domésticos e internacionales era de 68 millones, un 50 por ciento mayor. El monto de derivados era de 473 trillones, es decir, su volumen era más de 10 veces mayor que la producción mundial. [...]Y todo el tiempo van evolucionando nuevas herramientas financieras. En 2006, por ejemplo, el volumen de las compras apalancadas (es decir la fusión y compra de corporaciones financiada mediante el préstamo) llegaron a los 753

Los votantes de los estados de bienestar de las economías desarrolladas, es decir los antiguos receptores de servicios públicos pasan a ser tanto deudores como acreedores novatos de un sistema financiero global que maneja sus riesgos en la otra punta del planeta: sus pensiones, su salud, su capacidad de ahorro y su capacidad de compra de inmuebles. Es aquí cuando, como dirá Ferguson, el Planeta Financiero empequeñece al Planeta Tierra y comienza a rotar mucho más rápidamente que él. Es aquí cuando surge el capitalismo corporativo, en donde, como dirá David Harvey, los privilegios vinculados a la propiedad de las empresas capitalistas y los privilegios de su administración –que tradicionalmente estaban separados- se fusionan, pues se les paga a los administradores, a los CEO, con acciones u opciones (es decir, con títulos de propiedad) De ahí que los valores de las acciones más que la producción se conviertan en la guía de la actividad económica. (Esto se vio muy claramente con el colapso de Enron.)

También es aquí cuando se reduce la brecha histórica entre los dividendos y el interés producto de las ganancias del capital y el capital proveniente de la producción, de la manufactura y del comercio de bienes. Esta separación trajo en distintos momentos del pasado conflictos entre los financieros, los productores y los comerciantes. Pero a partir de los ochenta este conflicto fue desapareciendo o tomó nuevas formas, ya que las grandes corporaciones se volvieron más y más financieras en su orientación. A partir de los ochenta no ha sido poco común que las corporaciones compensaran su informe de pérdidas de producción con las ganancias de sus operaciones financieras (desde operaciones vinculadas al crédito y a los seguros hasta la especulación en moneda volátil y en los mercados de futuros). Las grandes corporaciones se volvieron grandes conglomerados que fusionaban intereses en la producción, en el comercio, en el negocio inmobiliario y en el negocio financiero. También es aquí cuando el desarrollo de las nuevas tecnologías informáticas favorecieron la contracción geográfica y temporal y se vuelven funcionales para el Planeta Financiero. Es aquí cuando, como decimos nosotros, el dinero pasa a ser dígitos en pantalla que aparecen y desaparecen en las computadoras de los grandes centros financieros mundiales.

El curso del Banco Central, tal como lo describe Ferguson en *The Cash Nexus* a partir de 1914, sigue un camino paralelo y fácilmente vinculable al uso que los gobiernos han hecho de la inflación como herramienta para disminuir las deudas públicas y al intento por reducir la inflación implementado por los gobiernos neoliberales por lo que buscaron fuentes mas elásticas de ingreso a nivel global o

billones. Una explosión de “securitización” por la que las deudas individuales tales como las hipotecas son seccionadas para ser luego re-empaquetadas para su venta, empujaron la emisión anual de derivados, se vendían los riesgos por incumplimiento de las deudas hipotecarias, o seguridades fundadas en activos y obligaciones de deuda colateralizada por encima de los 3 trillones. El volumen de derivados – de los contratos derivados de los seguros – ha crecido aun mas, a fines de 2007 el valor de todos los derivados estaba levemente por debajo de los 600 trillones. Antes de los ochenta, tales cosas eran prácticamente desconocidas. Los primeros Hedge Funds surgieron en los cuarenta y hasta los noventa había 610 con unos 38 millones de dólares bajo su administración. Hoy hay más de 7000 Hedge Funds que manejan casi 2 trillones de dólares.” En *The Ascent of Money. A Financial History of the World*.

trans-nacional. Esto se debe a que ha habido una correlación directa entre la tasa de inflación y la tasa de crecimiento monetario. Antes de 1914, los Bancos Centrales eran entidades bastante independientes de los gobiernos que se caracterizaban por su discreción a la hora de facilitar el crecimiento monetario. Cabe destacar, sin embargo, que su emisión de moneda estaba controlada por factores externos: por el patrón oro. A partir de 1914, la principal preocupación de los bancos fue el déficit gubernamental y la suspensión de la convertibilidad en oro fue un medio para evitar la crisis general de liquidez y para centralizar el oro necesario para financiar los déficit comerciales de gran magnitud.

Lo mas novedoso fue el modo en que los bancos centrales de Europa intentaron administrar sus tipos de cambio en ausencia del patrón oro. Hubo controles de cambio y requisas de los activos exteriores en las carteras privadas que intentaban detener la depreciación frente al dólar. Pero tras la Gran Depresión de los treinta⁸ y la Segunda Guerra Mundial esa discreción y tolerable independencia de los Bancos Centrales finaliza con Bretton Woods. Bretton Woods exigió la nacionalización de los bancos centrales, lo que implicaba mantener los tipos de interés bajos y que la política fiscal hiciera un trabajo seriamente keynesiano destinado a lograr el nivel ideal de demanda. Pero con la crisis del petróleo de 1973 y el derrumbamiento de Bretton Woods los bancos centrales fueron de nuevo adquiriendo independencia aunque, paralelamente a dicha independencia, se manifestó la expansión y evolución de los mercados financieros a la que nos referimos recién, que ha reducido efectivamente la influencia que los centrales pueden ejercer sobre el crédito del sector privado. En Estados Unidos, el volumen total de reservas que otros bancos e instituciones financieras mantienen con el sistema de la Fed es inferior a los 50.000 millones de dólares (2001), lo que representa una mínima fracción del PBI estadounidense (un 0,5 por ciento) Si bien hay que conceder que la Fed es el proveedor monopolista y el que también autoriza que se inyecte líquido en el mercado en función de la relación con sus reservas, cambios bien pequeños en su política, en su manejo de la tasa de interés del dinero, pueden tener un impacto sobre la totalidad del sistema financiero. La Fed tiene influencia. Pero el juego es entre la Fed y los mercados financieros privados. Recordemos que cuando Greenspan bajaba las tasas de interés y con esto promovía que se inyectara líquido en el mercado su mensaje de cuidarse de la exhuberancia irracional a la hora de invertir y de especular iba dirigida al sector privado.

Pero ¿cabe interpretar que las fisuras de este cuadrado del poder, que la fisura en definitiva entre capitalismo y democracia se ha debido puramente a factores endógenos, a factores que tuvieron que ver con la estructura misma del estado, con su conversión de estado de guerra en estado de bienestar?

Ante el coste de la guerra sobrevino el arte de la tributación. Y a ésta le siguió la ampliación de la representación, la democracia y el sufragio universal. Y el sufragio universal trajo consigo la conversión de los estados en estados de

⁸ La Gran Depresión se debió, para Ferguson, a la débil estructura bancaria estadounidense, al funcionamiento de bancos privados sub-capitalizados que entraron en una crisis de crédito y también a la mala administración de la Reserva Federal, el banco central estadounidense que en ese entonces tenía tan solo 15 años de antigüedad y que, lejos de inyectar líquido al mercado, a pesar de tener suficientes reservas de oro se contrajo. En The Cash Nexus.

bienestar que, con sus elevados gastos públicos, hicieron que sus déficits se volvieran insostenibles. La provisión estatal de los servicios sociales debía ser una provisión universal de medios por la que prácticamente todos recibían algún tipo de transferencia. Y a cada uno de los ciudadanos del estado de bienestar, que son tanto contribuyentes como receptores de servicios sociales se les hace difícil calcular si son ganadores o perdedores netos dentro de este sistema de transferencias. Ferguson ejemplifica la vulnerabilidad de los estados de bienestar con el caso británico.⁹

De ahí que los gobiernos de los estados de bienestar recurrieran a las deudas, que si bien suavizaban la imposición sobre los contribuyentes generaba desbalances contables generacionales, se cargaba el pago de los rendimientos de las deudas y de las deudas a las futuras generaciones no nacidas. Estos desbalances contables generacionales están alimentados por la debilidad propia del sistema democrático de dichos estados de bienestar, por el hecho de que los políticos manejan el ciclo de negocios a corto plazo y en función del día de su reelección. Ferguson señala que todos los estados europeos, si bien conforman la UE, tienen individualmente a su cargo la administración fiscal y que todos padecen de serios desbalances contables generacionales. Tampoco se queda atrás Estados Unidos.

De ahí también que los gobiernos utilizaran la súbita subida de la inflación como medio para no pagar las deudas. Y como respuesta al problema de la inflación que se agudizaría a partir de los 70 con la crisis del petróleo y el abandono de Bretton Woods, los gobiernos, en los ochenta, ya inclinados hacia la doctrina neoliberal, intentaron aplicar shocks económicos, súbitas subidas de la tasa de interés que luchaban contra el ciclo inflacionario pero que intentaron desandar los estados de bienestar buscando fuentes más elásticas de crédito por las que alimentaban la desregulación económica y el desarrollo de un mercado financiero privado paralelo que se encargaría del riesgo de sus ciudadanos, de su salud, de su pensión, de su vivienda. Quedando finalmente el estado preso de los capitales golondrina y de la volatilidad del mercado de cambio de divisas. Será por esta explicación, por lo que Ferguson cree que todo este proceso responde a la vulnerabilidad de los estados de bienestar, por lo que nos dice que unión política es unión fiscal.

Ferguson ofrece una visión casi darwiniana del curso del capitalismo, de un capitalismo único al que parece estamos destinados, que se remonta al siglo 18, y que ha venido para quedarse. Un capitalismo que a la manera darwinina supone contracciones, muertes, retrocesos, debilitamiento de instituciones, pero que también, genera continuamente nuevas herramientas financieras que reflejan en definitiva el ascenso del capitalismo que corre paralelo al ascenso del hombre.

⁹ Señala que, en 1993, el Departamento de Seguridad Social inglés calculó que el número de personas que recibían al menos un beneficio de seguridad social ascendía a los 46 millones, cerca del 80 por ciento de la población, cuatro de cada cinco británicos. En [The Cash Nexus](#)

Para nuestro autor, un mundo sin dinero sería peor que nuestro mundo actual. Es erróneo pensar como el Antonio de Shakespeare que todos los prestamistas le chupan la sangre a los deudores. Pueden existir acreedores tiburones pero los bancos han evolucionado de tal manera desde los días de los Medici como para que el 3er Lord Rothschild diga que los bancos facilitan el movimiento del dinero de un punto a otro donde se lo precisa. El crédito y la deuda son bloques tan esenciales al desarrollo económico como lo es la minería, la manufactura o la telefonía móvil para la riqueza de las naciones. La pobreza, lejos de ser atribuible a los financistas rapaces, tiene, por lo general, que ver con la falta de instituciones financieras, con la ausencia de los bancos, no con su presencia. Solamente cuando los que piden prestado tienen acceso a redes de crédito eficientes pueden escaparse de las fauces de los prestamistas tiburones, y solamente cuando los ahorristas pueden depositar su dinero en bancos confiables es posible que el dinero pase de los ricos ociosos a los pobres industrioses. En suma, Ferguson asocia el desequilibrio del capitalismo actual, con su poderoso y volátil mercado financiero internacional a la fragilidad de la naturaleza humana, a su apasionamiento y falta de calculo racional a la hora de realizar sus inversiones. Argumenta que a toda burbuja en el mercado de valores le sigue su explosión, ya que tanto las burbujas como su explosiones responden a la exhuberancia irracional de los inversores que tanto por su exagerado optimismo como por su exagerado pesimismo se convierten en un rebaño electrónico. Lo interesante de su argumento, sin embargo, es que lejos de atribuirlo a una falla del capitalismo actual, parece normalizar el fenómeno vinculándolo a burbujas y explosiones que pueden rastrearse en el siglo XVIII: por ejemplo, la burbuja financiera que John Law promovió en Francia antes de la revolución de 1789.

El desarrollo del mercado financiero global actual que con sus capitales golondrina y con su volatilidad de valores de divisas en manos del sector privado - por los que ejerce presiones sobre el valor de las deudas públicas nacionales y sobre los déficits presupuestarios nacionales y exige así el recorte del gasto estatal minimizando la capacidad del estado de redistribuir la riqueza- no parece, para Ferguson, ser producto de la victoria del neoliberalismo friedmanita (nacido en los setenta en la escuela de Chicago) sobre el Keynesianismo que surgió con el New Deal de Roosevelt tras la Gran Depresión de los 30 y que volvió a afirmarse con Bretton Woods y con el Plan Marshall tras la Segunda Guerra Mundial. Para Ferguson el desarrollo de este mercado financiero internacional que ha abierto desmesuradamente la brecha entre ricos y pobres no parece ser producto de una pugna concreta entre dos sectores de interés bien diferenciados: el del sector financiero internacional y el de los votantes de los estados democráticos.

Otros autores, como Eric Hobsbawm, Naomi Klein y David Harvey no suscriben la explicación de Ferguson. No comparten su visión darwinista de un capitalismo único que con sus avances y retrocesos, con la muerte de algunas de sus herramientas financieras y que con el surgimiento de otras se ha trasladado fuera de sus fronteras nacionales al mundo global pero que señala siempre un progreso. Mucho menos creen que la transferencia de la riqueza de los estados a manos de los bonistas e inversores extranjeros que se ha venido dando a partir de los setenta se debe fundamentalmente a las fisuras que la naturaleza del

estado viene arrastrando desde 1914. Es decir, a su progresiva conversión de estado de guerra en estado de bienestar que intentó crear nuevas herramientas financieras para financiar déficits imposibles de solventar debido a la insostenibilidad de su propia estructura.

El capitalismo no es uno que ha venido para quedarse. Para estos autores, las características del capitalismo actual han de tratarse como fenómenos contingentes, es decir, que pueden ser de otra manera. Para Hobsbawm, es preciso distinguir la globalización económica, proceso que es irreversible e independiente de lo que hagan los gobiernos, de la ideología que se ha impuesto en esta globalización que nace en los ochenta. Esta ideología, que Hobsbawm rotula como “fundamentalismo del mercado libre” ha impuesto un capitalismo no regulado, no “híbrido,” no keynesiano: se trata de un capitalismo corporativo que responde a intereses del sector financiero internacional.

El “fundamentalismo del libre mercado” sostiene que el mercado libre maximiza el crecimiento y la riqueza del mundo y produce una distribución óptima del incremento resultante. Y que todos los intentos estatales de regular y controlar el mercado producen resultados negativos pues reducen la acumulación del beneficio capitalista e impiden la maximización de la tasa de crecimiento. Según Hobsbawm, puede que el mercado libre del capital tenga índices más altos de crecimiento que cualquier otro sistema, pero no produce una distribución óptima de la riqueza. Para Hobsbawm no ha habido justificación alguna para esta ideología. En función de lo dicho por Hobsbawm, nosotros lo completamos y decimos: si hay mayor crecimiento económico pero sin redistribución óptima, mayor crecimiento económico ¿para qué?

Hobsbawm, sostiene que el neoliberalismo ha logrado imponerse tras el fin de la Guerra Fría, tras el fin de la amenaza de la pistola cargada que suponía el enfrentamiento entre el sistema planificado socialista de URSS y el norteamericano. Contrariamente a Ferguson, según él, las nuevas herramientas del capitalismo corporativo o neoliberal surgen por el fin de una guerra, más que por el deterioro del estado de bienestar. Y justamente, por las características que ha adquirido la globalización con el fundamentalismo del mercado libre, se ha venido dando el declive del estado-nación. Nos recuerda ese “gozoso suicidio público” que mencionaba el sociólogo alemán Ulrich Beck, y que había sido perpetrado por los políticos que abrazaron el neoliberalismo pidiendo más mercado a partir de los ochenta. Y se pregunta sobre el futuro de los estados. Sobre el futuro ordenamiento político mundial, sobre la posibilidad de que se dé en paralelo a la globalización económica una globalización política.

Para Hobsbawm, a ese declive de los estados-nación no puede seguirle una globalización política paralela a la económica. Ya que el neoliberalismo ha alimentado el vaciamiento de los estados. Ya que el neoliberalismo llega a imaginar un mundo en el que los estados dejen de representar un límite al desarrollo de la economía capitalista global y en donde las unidades básicas no serán los estados sino grandes grupos empresariales. Hobsbawm dirá que, en términos teóricos, es posible imaginar un mundo no dividido por límites geográficos estatales sino acorde a la presencia de docientas empresas internacionales importantes circundadas por entidades económicas menores

también multinacionales y a su vez circundadas por un amplio número de empresas pequeñas pero con acceso al mercado global a través de Internet. Sin embargo esta utopía neoliberal en la práctica es imposible, pues sabemos que las naciones dirigentes se han mantenido con vida y en calidad de grandes potencias durante trescientos años, que pueden volverse menos estables pero que tienen una relativa estabilidad. Mientras que un mundo donde las unidades básicas son las corporaciones se torna imposible, anárquico, ya que la dinámica de la economía global es tal que no garantiza la estabilidad de sus protagonistas. De ahí que haya hoy dos sistemas que coexisten: por un lado, la globalización económica; y por otro, el ordenamiento político mundial sobre la base de los estados o de uniones de estados, y que éstos deben adaptarse uno al otro y que están en constante tensión.¹⁰

Es notorio que Ferguson no mencione la Guerra Fría, así como tampoco, entre otras, la guerras de Oriente Próximo dentro de su sistema explicativo acerca del curso del capitalismo. A pesar del peso que les ha dado a las guerras como resortes por los que los estados han generado nuevas herramientas financieras, pareciera que, para Ferguson, las guerras finalizaron con la Segunda Guerra Mundial y que de ahí en adelante, al menos los países desarrollados intentaron solucionar las brechas de los déficit presupuestarios ocasionados por sus sistemas deficientes de redistribución recurriendo a fuentes de dinero más elásticas fuera de sus fronteras. Es más, sostiene que la democratización que ocurrió tras la Guerra Fría trajo una mayor fragmentación de los estados multiétnicos. Y que Estados Unidos, si bien supo constituirse en democracia importadora de capitales que disfrutó de los dividendos de paz tras la Guerra Fría, estuvo lejos de constituirse en el hegemón mundial o potencia imperial. Estados Unidos no ha tenido la voluntad de ejercer el papel de policía desempeñado por el Reino Unido el siglo anterior e imponer así la democracia y la economía de mercado en los estados “canallas”. Para Ferguson, a diferencia de Paul Kennedy, es su encogimiento o desmilitarización más que su excesiva expansión militar lo que le traerá su pronto declive.

Pero ¿qué queda entonces de la idea de Ferguson de que son las guerras principalmente las que ocasionan el surgimiento de nuevas herramientas financieras? ¿Y cómo puede su no mención de la Guerra Fría y de las guerras que le sucedieron, conciliarse con la postura de Hobsbawm en *La Era de los Extremos* de que el siglo XX ha sido el más breve aunque el más sangriento de todos? Y finalmente, ¿qué relación hay entre esta visión sangrienta del siglo XX, y de principios del XXI, con ese problema de la política y la financialización mundial que mencionó Mandela ante el congreso nacional de ANC de 1997 cuando dijo que “la movilidad misma del capital y la globalización de los mercados de capital y de otros bienes y servicios imposibilitan que los países puedan, por ejemplo, decidir su política económica sin considerar antes la respuesta probable de esos mercados”?

Para Hobsbawm, la guerra sigue siendo funcional al capitalismo. Si bien los estados de las economías desarrolladas se han desmilitarizado tras la Guerra

¹⁰ Véase Eric Hobsbawm, Entrevista sobre el siglo XXI, (Barcelona: Crítica, 2004) y Eric Hobsbawm, Globalization, Democracy and Terrorism (NY: Abacus)

Fría, ha surgido un nuevo tipo de guerras. Guerras no declaradas, donde ya no hay una línea divisoria entre los conflictos internos e internacionales, donde la diferencia entre el estado de guerra y el estado de paz se ha difuminado, donde la alta tecnología genera una capacidad más precisa y discriminatoria de la destrucción, por la que se escoge lo que se quiere destruir: se producen daños en las infraestructuras públicas. Y fundamentalmente, donde los conflictos armados dejan de ser cosa de estados o de organizaciones cuasi-estatales sino que hay un retorno a la iniciativa privada en la guerra. En las nuevas guerras se elimina el reclutamiento general y entran a la guerra los contratistas: profesionales militares de elevada cualificación pertenecientes a empresas privadas y corporativas encargadas de la sanidad militar, de la construcción de sus bases (la famosa zona verde de Bagdad), del desarrollo de la misma logística de la guerra. Para Hobsbawm ha habido un resurgimiento de los “señores de la guerra”. Lo que Hobsbawm quiere decir es que hoy los particulares se encuentran en una posición por la que pueden dirigir campañas presidenciales o producir importantes efectos sobre esas campañas con medios financieros, que pueden regir las guerras, que pueden hacer lo que antes sólo podían hacer las grandes organizaciones colectivas.

Esta visión de la nueva guerra con sus comienzos y fines borrosos, así como con sus contrincantes diluídos, parece acercarse a las tesis de Naomi Klein cuando observa la dependencia entre el mercado libre actual y el poder del *shock*, cuando sostiene, en *La Doctrina del Shock*, que el *shock* y el desastre son inherentes al capitalismo: “que esta forma fundamentalista del capitalismo siempre ha necesitado de catástrofes para avanzar.” Naomi Klein sostiene que las características propias de las guerras actuales ni siquiera esperan a un periodo de reconstrucción para hacer su negocio, sino que son desde el principio guerras privatizadas. La guerra preventiva es guerra privatizada. Se trata de la creación, a lo largo de las guerras, de estados corporativos espectrales que toman el lugar de los estados. Hay un proceso de apropiación por expropiación como dirá David Harvey, de destrucción creativa por la que los estados con sus servicios públicos, con su función redistributiva, se convierten paulatinamente en cintas transportadoras para poner el dinero público en manos privadas. Naomi Klein denomina este proceso como el “complejo del capitalismo del desastre”, y agrega, cuando los ajustes estructurales del Consenso de Washington presionan a los estados de economías emergentes en crisis o shocks o en proceso de democratización a vender sus bienes públicos, el capitalismo del desastre impone planes anti-Marshall. El pico de este proceso es el Irak en manos de Paul Bremer. Y este vaciamiento de los estados no se da solamente entre los estados de economías emergentes sino también en el propio centro del Imperio. Klein nos recuerda las políticas de Rumsfeld de privatización del Pentágono y de la misma CIA, cuando mediante subcontrataciones, puso en manos de empresas privadas como Lockheed, Blackwater y Halliburton las funciones propias de esas instituciones. Recordemos que en el Irak de 2007 había 1 contratista por cada 1,4 soldado. Y esto no solamente se aplicó al Pentágono y a la CIA, sino a lo que quedaba de los servicios públicos estadounidenses. El director de presupuestos de Bush afirmaba: “la idea general – que la tarea del gobierno no es proporcionar servicios, sino asegurarse de que sean proporcionados- me parece obvia.”

Para Klein los desastres se han convertido en los momentos preferidos para avanzar la visión de un mundo crudamente dividido, uno en el que la idea misma de una esfera pública no tiene lugar alguno. Llamémoslo capitalismo del desastre. Cada vez que se desencadena una crisis – incluso cuando la crisis misma es consecuencia directa de la ideología del Mercado libre – el miedo y la desorientación que le siguen se ven acompañadas por una reingeniería social y económica radical. Cada nuevo shock funciona como “partera” de un nuevo curso de la terapia del shock económico. Y el resultado final es similar a esa partición que no pide disculpas entre los incluidos y los excluidos, entre los protegidos y los condenados, que se ve claramente en las zonas verde y roja de Bagdad.

Klein ejemplifica esta tendencia con lo que dice John Robb, un antiguo comandante encubierto de la Fuerza Delta que ha devenido consultor privado. En un manifiesto que ha circulado ampliamente en la revista *Fast Company*, describe el resultado final de la “guerra contra el terror” como “un nuevo acercamiento a la seguridad nacional, una que se construye ya no alrededor del estado sino alrededor de ciudadanos privados y compañías...La seguridad se volverá una función del lugar donde uno vive y de para qué empresa privada uno trabaja, de la forma que ocurre actualmente con los seguros de salud.”

El lazo entre la nueva guerra y la financiarización del capitalismo vislumbrado por Hobsbawm y afirmado por Naomi Klein, ilumina lo que Naomi Klein presentaba- desde ya irónicamente- como el Dilema Davos: cuando los líderes políticos y corporativos del Foro Económico Mundial de 2007 se rascaban la cabeza por el estado de las cosas que parecía escaparse del saber liberal convencional: de ese vínculo entre la paz y el crecimiento económico. Había un contraste entre la economía mundial favorable y la inestabilidad política mundial. La economía se había enfrentado a una serie de shocks: el *crash* del mercado de valores posterior al 2000, los ataques terroristas del 11/s, las guerras en Afganistán e Irak, las fricciones sobre las políticas estadounidenses, el salto de los precios del petróleo a niveles nunca vistos desde los 70, la confrontación sobre las ambiciones nucleares de Iran, y sin embargo la economía pasaba por un periodo dorado de crecimiento ampliamente compartido.”

Con la doctrina del shock se pone de manifiesto que el negocio de hoy esta dirigido a la burbuja del desastre privatizada. Desde hace tiempo no está dirigido a la producción, hemos hablado ya de la orientación financiera de las mismas empresas ocupadas de la producción de bienes. Ya desde los noventa estaba dirigida a los servicios, a vender ideas, que por los noventa, antes de la explosión de la burbuja punto com se volcaba a la tecnología...Pero hoy el negocio del capitalismo ha tomado una nueva forma, la nueva idea consiste en vender seguridad contra el riesgo...ya sea, para los ricos, en ese estado infinito de guerra de baja intensidad o a nivel financiero con el manejo de riesgo de los ahorros mediante la securitización y los derivados del mercado financiero. Pero ¿qué pasa con la pobreza? ¿Con ese sector de la población mundial desprotegido que parece hacerse invisible cuando se habla de crecimiento económico?

“Cuando el dinero puede viajar de un lado a otro del planeta a gran velocidad y sin limite de cantidad, y cuando los especuladores pueden apostar por el precio de cualquier cosa, desde cacao hasta divisas, el resultado es una ingente volatilidad. Y como las políticas favorecedoras del libre comercio incitan a los

países pobres a seguir dependiendo de la exportación de recursos y materias primas, como el café, el cobre, el petróleo o el trigo, (y yo agrego la soja) estas naciones son especialmente susceptibles de quedar atrapadas en un círculo vicioso de crisis continuas. Un descenso repentino del café hace que economías enteras sufran una depresión que se ve luego agravada por los comerciantes de divisas que a la vista del empeoramiento de la situación financiera de un país reaccionan apostando contra su moneda lo que hace que se desplome su valor. Si añadimos la subida de los tipos de interés y la consiguiente escalada inmediata de las deudas nacionales nos hallamos ante un escenario de caos económicos potencial”¹¹

Se deben entonces las fisuras entre capitalismo y democracia de las que nos habla Ferguson a la frágil estructura del estado? O a la no combinación de ideologías? Al abandono de un keynesianismo híbrido y a la adopción, sin miramientos, del fundamentalismo del mercado libre?

Conclusiones y preguntas

El capital se mueve continuamente y cada vez lo hace más rápido. Encuentra su negocio en nuevas formas lo que trae aparejado serios reveses, contracciones, muertes y transformaciones. Hay extinciones en masa como las que se produjeron con la Gran Depresión de los 30 y la gran inflación de los 70 y como la que puede producirse con los Fondos de Apalancamiento del 2007. Para Ferguson, las crisis financieras son endógenas al sistema fiscal y financiero. Es así que el curso del capitalismo es para Ferguson darwiniano, pero aunque la línea de la historia de las finanzas tiene la forma de dientes afilados, su trayectoria es, para Ferguson, ascendente. Tan ascendente como el ascenso del hombre.¹²

En cuanto a la guerra, tal como la describe nuestro historiador, está muy lejos del shock, del desastre, al que se refiere Naomi. ¿No termina el concepto de guerra de Ferguson, ese conglomerado de impulsos no racionales, siendo funcional a un desequilibrado ascenso del mercado capitalista, que a fin de cuentas, no se aleja tanto de la visión del mercado asumida por los liberales y neoliberales anglosajones?

Diríamos que Ferguson es un conservador, pues a pesar de reconocer las fluctuaciones que se han dado en la interrelación entre las instituciones fiscales y financieras, Ferguson cree en la posibilidad del equilibrio del sistema económico capitalista: en la posibilidad de que estas instituciones generen por sí mismas un sistema de “check and balances” tal como el que los británicos lograron con su imperio previo a 1914 y con el patrón oro, tal como el que – via la tradición whig - asumen como presente en su sistema político, el de la monarquía parlamentaria.

La visión de la historia del capitalismo de Ferguson es una combinación de Darwin y de Carlyle. Carlyle nos decía de la historia: “historia en acción, un caos del ser siempre vivo siempre en actividad que encarna una forma tras otra

¹¹ En Naomi Klein, La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre.

¹² En Niall Ferguson, The Ascent of Money. A Financial History of the World.

**mediante innumerables elementos” Hasta aquí Carlyle. Y ahora Ferguson,: pero
siganla, que esta historia no los va a defraudar...**

Silvina I. Mari

Buenos Aires, marzo de 2010